

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Catolicidad y Mundialización
<i>Cardenal Jean-Marie Lustiger</i>	5	La Iglesia, experta en mundialización
<i>Carlos Schickendantz</i>	10	Entre ecumenismo y globalización.
<i>Alberto G. Bellucci</i>	26	Sentido, proyección y límites de la globalización cultural
<i>Oscar Caeiro</i>	37	Universalidad de las grandes obras
<i>Florian Pitschl</i>	50	¿La metafísica al final de la posmodernidad?
<i>Nicolas Baverez</i>	57	La Dialéctica de la Mundialización desde el norte.
<i>Ludovico Videla</i>	66	La Mundialización vista desde el Sur I
<i>Carlos Hoevel</i>	76	La Mundialización vista desde el Sur II
<i>Armando Isasmendi</i>	91	Mundialización y Región
<i>Heinrich Beck</i>	104	Razón y Fe

Razón y Fe

Consideraciones filosóficas sobre la encíclica: “Fides et Ratio”

*Heinrich Beck**

La encíclica “*Fe y razón*” (“*Fides et Ratio*”) del papa Juan Pablo II (1998) es un importante documento sobre la cuestión de la comprensión de la fe cristiana. En ella, la visión teológica se dirige desde la fe hacia la razón, comprendiendo a aquélla en una relación fundamentalmente positiva con esta última.

En adelante, deseo abordar este tema, aunque invirtiendo el orden de ambos conceptos, es decir, yendo desde la razón filosófica hacia la fe. De esta manera, se podría sacar fuera con mayor claridad la cuestión tratada por la encíclica, en el punto de entrecruzamiento de ambas direcciones de visión aparentemente enfrentadas.

La “realidad” común a la razón y la fe es el conocimiento de Dios. Puede éste ser considerado partiendo desde el mundo en tanto “creación” suya - con el acento sobre la razón- o desde Jesucristo en tanto su “encarnación” -y aquí el acento está puesto en la fe-. Yo quisiera proceder en el análisis de esta cuestión mediante tres pasos sucesivos: En primer lugar - I -, en el comienzo, será intentada una aproximación al conocimiento de Dios desde el conocimiento del prójimo. Es entonces - II. - cuando se puede determinar más exactamente el camino previamente preparado hacia el conocimiento de Dios en la unidad estructural de razón y fe, ante todo en su parte filosófica. Sobre este fundamento, finalmente, se deja interpretar - III - el correspondiente núcleo teológico de la encíclica sobre la comprensión positiva de “fe y razón” como una conexión intermediaria.

* El autor es profesor de la cátedra de Filosofía I de la Universidad de Bamberg (Alemania). Sobre su producción y pensamiento, cf. especialmente: Eun Kim - Erwin Schadel - Uwe Voigt (hrsg. von), *Aktive Gelassenheit. Festschrift für Heinrich Beck zum 70. Geburtstag*, en “Schriften zur Triadik und Ontodynamik” Band 17, Peter Lang, Frankfurt am Main, 1999.

En el progreso desde la “revelación de la imagen” hasta la “revelación de la palabra” el ser del hombre obtiene un mayor desarrollo de sí mismo, no solamente en profundidad sino también en libertad. En efecto, en la manifestación corporal, en cuya percepción óptica se conduce el *partner* donante más bien como “pasivo” y el receptor expresivo como “activo”, el primero se puede ocultar del vistazo escudriñador del último, pero éste podría mirar sin mayor atención. Contrariamente, la relación se invierte en la comunicación acústica: un hombre puede decidirse callar, pero le es más difícil cerrar las orejas. De tal forma, el conocimiento a través de la vista tiene mayor tendencia al distanciamiento, en un saber “asible”; por el contrario, el conocimiento mediatizado por el oído requiere también de una entrega personal de parte del oyente.

El conocimiento orientado hacia otro ser humano tiene que efectuar una doble superación: por un lado, debe ir desde la percepción óptica de su figura (*Gestalt*) física hasta su interior psico-espiritual, expresada en ella; y así entonces, en un segundo lugar, debe avanzar desde la comprensión más restringida que brinda la visión corporal y espiritual a una todavía más profunda comprensión operada mediante la fe, la cual está fundamentada en la palabra libremente entregada por otra persona.

Así pues, parece ser que el conocimiento de Dios a partir del mundo -en el que él mismo se “representa”- y el conocimiento de Dios a partir de Jesucristo -la “Palabra encarnada”-, en cierto modo se conducen uno hacia el otro, según la interpretación que formula la encíclica. Entonces, el mundo material, que se extiende en el espacio y el tiempo, desde su disposición fundamental indica a la “visión de la razón” un orden cargado de sentido. Ésta, sin embargo, puede ser comprendida solamente por una razón que no se contente con una mera descripción de la realidad, sino que pregunte por su fundamento, considerando el mundo material exclusivamente como una expresión del totalmente inasible y espiritual Poder, Sabiduría y Bondad. Dicho Poder se expresa en el mundo limitado, sin embargo, sólo de una manera muy imperfecta, debiendo permanecer a la visión oportuna de la razón mucho en un modo indistinto y ambiguo, e incluso tal vez enigmático. Así la razón extrae de su experiencia del mundo una palabra de Dios para ser oída, la que luego eventualmente debe ser recibida en la fe. Lo que en verdad significan el Poder, Sabiduría y Bondad de Dios vislumbrados a partir del conocimiento del mundo pueden destacarse claramente a través de Jesucristo, cuya existencia declara: el creador se identifica con su creación y abre a ella de este modo en Él un camino hacia la redención y la santidad. La fe cristiana se justifica, así, delante de la razón como una empresa cargada de sentido.

- I -

El conocimiento de Dios, tal como lo ve la encíclica, se presenta como comparable con el conocimiento del prójimo; ahora bien, tanto en uno como en el otro se verifica una excedencia:

En primer lugar, la vista capta al prójimo en su corporeidad. Ahora bien, la imagen conocida no termina con la percepción del cuerpo, sino que éste es captado como expresión de algo distinto: mediante un acto intuitivo-discursivo el cuerpo físico es conocido como "expresión exterior" de una "esencia y carácter interior" y así es trascendido hacia lo psíquico-espiritual. Con eso puede venir a la conciencia en una ulterior reflexión la diferencia esencial de ambos planos del ser: una boca sonriente se expande 4 cm. de ancho; sin embargo, no tendría sentido preguntar cuantos centímetros mide su alegría. El alma, en efecto, se expresa como un algo a-espacial dentro de un cuerpo espacial. Ella no consta -a diferencia de este último- de partes situadas espacialmente una junto a otras y no es ni contable ni medible.

De esta forma, por cierto, el alma es "en" su expresión corporal pero, a la vez, también la excede; en efecto, ella solamente se expresa en el cuerpo en modo imperfecto. Lo que verdaderamente significan determinados rasgos, desde los cuales podemos conocer la alegría o la tristeza de un hombre, permanece indistinguible y en última instancia ambiguo; se insinúa solamente, tal vez justamente, lo que "se esconde detrás" del destino humano y de su convicción interior.

Se deberá ahora estar atento a la palabra a través de la cual un hombre se "es-clarece". Si él dice, por ejemplo: "Yo estoy bien dispuesto hacia ti, tú puedes confiar en mí en caso de apuro"-, yo puedo creerle eventualmente (por de pronto, no tengo necesidad de verificarlo). Pero también *puedo* creer esto, si sus palabras expresan lo claro y definido, lo que yo ya he discernido de la expresión del rostro y del "lenguaje de las imágenes" de la conducta corporal - confiabilidad, bondad, sinceridad. "Una imagen dice más que mil palabras", afirma una adagio. Lo cual no se debe interpretar, de ninguna manera, como si la imagen pudiera decir algo siempre más expresivamente que todas las palabras. En realidad, debería ser entendido de este modo: la imagen, por cierto, dice más que mil palabras, aunque de un modo tan indistinto y ambiguo que se necesitan mil palabras para extraer su sentido, para hacerla clara e inequívoca. Esto no agrega a la fe, que "viene por el oído", ningún nuevo contenido fundamental. Pero la vista entra en modo más profundo en lo ya sabido (o quizás solamente estimado) - e incluso más allá de los límites esenciales de la cognoscibilidad.

- II -

Con esto queda preparado un camino hacia el conocimiento de Dios en la unidad estructural de razón y fe, el que es determinado más precisamente ahora en sus partes filosóficas. Este se debe dar considerando las citas filosóficas de la encíclica, en las que se refiere al punto de vista bajo el que la razón humana observa "lo existente como tal" es, es decir, "lo existente en su ser". La razón, en efecto, quiere comprender las cosas no solamente como ellas se presentan (como ellas parecen, huelen, saben, etc.), sino que tiende a decir con sus actos específicos de pregunta y juicio cómo ellas son o bien qué, por qué y para qué *son*. De este modo, ella conoce el orden de los fenómenos en espacio y tiempo no solamente como expresión de nuestra forma subjetiva de comprensión, sino *también fundamentalmente* del existente mismo: nosotros no podríamos interpretar lo existente desde nosotros mismos, si no fuera interpretable desde sí mismo, es decir, si no tuviera la posibilidad de ser comprendido por tener un requerimiento en sí mismo. Si no existiera ninguna correspondencia entre los fenómenos y el ser, los fenómenos no referirían de ningún modo más allá del ser, y de este modo el hombre podría naufragar totalmente en el mundo. Las estructuras lógicas percibidas en el orden de lo inorgánico, de lo orgánico, de lo físico y espiritual, así como la fundamental relacionalidad recíproca de los sexos, de las generaciones, de los pueblos y culturas se fundan también profundamente en el ser mismo. Por cierto, apenas se muestra un orden perturbador; pero "perturbador" puede ser algo, solamente si es impuesto como orden. Aún el contrasentido manifiesto presupone el sentido, al que él infringe y al que oculta (y al que lleva incluso en su concepto). Precisamente, esa razonable disposición de orden puesta en el ser mismo reclama por un dador de sentido principio espiritual, el que del limitado orden sea simultáneamente inmanente y trascendente - comparable a la comprensión del alma humana a su cuerpo.

Cuando la razón conoce al mundo y a sí mismo en tanto ser, capta a ambos como ser limitado, y tiende a ir entonces más allá del mundo y también de sí misma. Pero mientras ella se trasciende a sí misma, se abre hacia una nueva dimensión del percibir: en la esperanza de que, en el curso de la historia, el ser se le conceda desde una profundidad más allá del límite de la razón; en una palabra, que la razón pueda abandonarse al oído creyente.

- III -

Sobre ese trasfondo se pueden entender ahora las expresiones teológicas de la encíclica como una relación filosófica admisible.

La encíclica se enfrenta primeramente a una *concepción irracionalista de la fe* vigente en nuestro tiempo, para la cual la fe no es sino una pura presunción subjetiva del sentimiento, que cae fuera del ámbito de la razón; incluso llega a estimar que la fe entra en parte en contradicción con la razón misma. A la vez, la encíclica se manifiesta contra una *concepción racionalista de la razón* también presente en la actualidad, según la cual la razón se basta a sí misma y se cierra a toda dimensión de fe.

Contra estas visiones, la encíclica entiende a la fe cristiana como una *fe razonable*, que corresponde a las exigencias de la razón y se justifica por ella misma; de este modo la fe consigue su justificación, esto es su "fidedignidad" y también su plena realidad humana. Asimismo, la razón puede transformarse en una *razón creyente*, consiguiendo en la fe su objetivo propio, es decir un pleno conocimiento de la verdad. De esta manera la razón aparece como la base de la fe y la fe como la plenitud de la razón. Sin la fundación en la razón la fe queda pendiendo en el aire y permanece "en peligro de dejar de ser un ofrecimiento universal" (cf. n. 48). Sin la plenificación y la confortación a través de la fe la razón se extravía simplemente de su propio objetivo, quedando en peligro de transformarse en una pura "razón instrumental", que sirva solamente "a un objetivo utilitarista, al placer o al poder" (cf. n. 47).

La razón y la fe tienen un acceso distinto al sentido, por lo que no deben renunciar a su propia identidad específica. La razón, en efecto, obtiene su primer fundamental conocimiento no de la fe, sino de su propio comprensión; el contenido de la fe, por su parte, no se deja deducir por la razón, como si expresase puramente "verdades racionales". De esta manera, ambas generan una comprensión humana de la verdad global e indivisible, como si fueran *partners* relativamente independientes, siendo así "capaces de ser coherentes con su naturaleza en el respeto de la recíproca autonomía" (FR 48). Ellas están una con otra en una relación de "aproximación a través de la distancia" (Hans André).

Las expresiones de la encíclica, pues, conciernen *al sentido fundamental de la relación de fe y razón*, detrás de la que permanece la realidad espiritual. Estas observaciones se presentan como expresiones del Magisterio eclesial sobre la razón desde el punto de vista de la fe. Es de notar que la encíclica se refiere a la razón como "pertenciente al fundamento de la fe". De

aquí que me pareció adecuado formular una reflexión desde el punto de vista de la razón sobre la fe y así intentar una investigación sobre la comprensión de las afirmaciones de la encíclica (en una “aproximación a través de la distancia”).

Síntesis

Se ha intentado en el artículo -según una expresión de la encíclica- salir al encuentro del don “de arriba” con “lo de abajo”. Además, se lo ha colocado bajo una “analogía de proporcionalidad”: el conocimiento de Dios desde la creación porta hacia el conocimiento de Dios en la fe a partir de Jesucristo, semejante a la relación entre el conocimiento de un prójimo a través de su manifestación corporal y el conocimiento del mismo mediante su palabra. De allí se ha podido conferir a los aspectos filosóficos del conocimiento de Dios una concisión especial, así como también se ha dado una plausibilidad filosófica a las expresiones de la encíclica sobre la relación entre fe y razón.

(Traducción: Lucio Florio)